

# EL CONCEPTO DELEUZIANO DE “FUNCTOR”

---

Fernando Martín GALLEGO

**Resumen:** El artículo repasa la concepción deleuziana de la filosofía de la ciencia con el objeto de intentar explicitar el rol determinante que su proyecto ontológico (*i.e.*, la concepción del ser en términos de “repetición de la diferencia”) pareciera desempeñar en su doble caracterización del producto de la actividad científica: por una parte, en lo que respecta a la cognición científica y a partir de la crítica de la representación, su revisión de la noción de “función”; por otra, en lo que se refiere al pensamiento científico y en virtud de su crítica de la identidad, la elaboración de la noción de “functor”.

**Palabras Clave:** función, ontología de la diferencia, crítica de la representación, caos.

**Abstract:** The article revises the Deleuzian concept of philosophy of science in order to try to make explicit the decisive role that his ontological project (the concept of Being in terms of "repetition of the difference") seemed to play in his dual characterisation of the product of the scientific activity: on the one hand, in relation to the scientific cognition and from the critique of representation, his revision of the concept of "function", and on the other hand, concerning to the scientific thought and under his critique of identity, the development of the concept of "functor".

**Keywords:** function, ontology of difference, critique of representation, chaos.

## 1. Gilles Deleuze: filosofía de la ciencia y ontología

La filosofía de la ciencia elaborada por G. Deleuze puede ser remitida a una variante muy precisa de la epistemología francesa en tanto deriva, en lo esencial, de aquella *tendencia ontológica* abierta por H. Bergson que sostiene la independencia de la filosofía respecto de lo científico y orienta el pensamiento filosófico de lo científico no tanto hacia la investigación de las condiciones formales o históricas de su conocimiento como hacia la elabora-

ción de un concepto capaz de pensar aquello que la ciencia es<sup>1</sup>. Tan profunda resulta esta filiación que la casi totalidad de filosofía de la ciencia deleuziana puede ser entendida como organizada en torno a una problemática de índole ontológico: ¿cómo concebir esa ciencia que se dispone a la altura de un ser que es repetición de la diferencia y un pensar que sólo se ejerce en tanto que diferencia en la repetición?

Sea como fuere, la consideración del proyecto ontológico que condiciona la aproximación epistemológica deleuziana, no cesa de despertar la mayor de las confusiones. Se cree que G. Deleuze es un apologeta del reconocimiento de las diferencias ya dadas: se olvida que la ontología deleuziana de la diferencia preanuncia la peor y más cruel de las violencias<sup>2</sup>; se supone que G. Deleuze aspira a contraponer los méritos de la diferencia a las disfunciones de la identidad: se desestima rápidamente que la historia de la filosofía está llena de testimonios que patentizan la derrota -y la sumisión- de la diferencia ante la identidad; se entiende la apuesta deleuziana en términos exclusivamente ontológicos: se desconoce que la conjura de la sumisión ontológica de la diferencia a la identidad no se realiza sin desplegar correlativamente una cierta capacidad lógica de sustracción de la repetición respecto de las garras de la representación y, en el límite, de una cierta capacidad estratégica que permite articular el binomio diferencia/repetición a *distancia* del par identidad/representación<sup>3</sup>. Más aún, la toma deleuziana de distancia respecto de la representación se ejerce principalmente en función de dos grandes motivos que, considerados en su conjunto, resumen las cuestiones que podrían obstaculizar la plena realización de su proyecto ontológico: por una parte, aquella confusión de la representación con la verdadera naturaleza del pensamiento que conduce fatalmente hacia la identificación de lo visible con lo existente, de la visión con el ser, de aquello que resulta visto con aquello que podría ser concebido como siendo; por otra, la subordinación de la diferencia a la identidad que puede ser entendida como el necesario correlato del primer obstáculo en tanto depende de la reducción del sentido de aquello que es a aquello que puede ser visto.

Dispuesta ante estos obstáculos, la realización del proyecto ontológico deleuziano supone el ejercicio de, al menos, dos grandes operaciones conceptuales: una operación orientada a localizar el elemento del pensar antes en la repetición que en la representación y a emplazar al ser no tanto en el ámbito de la visión como a medio camino entre lo visto y lo dicho; una intervención más profunda dirigida a subvertir la dependencia de la diferencia

---

1) GUTTING, Gary, "Introduction: What is Continental Philosophy of Science?" in GUTTING, Gary (ed.), *Continental Philosophy of Science*, Oxford, Blackwell Publishing, 2005, pp. 1-2.

2) DELEUZE, Gilles, *Diferencia y repetición*, trad. María Silvia Delpy y Hugo Beccacece, Buenos Aires, Amorrortu, 2006, p. 17.

3) DELEUZE, Gilles, *op. cit.*, p. 16.

respecto de la identidad por la vía de la asimilación del ser a la diferencia y, subsecuentemente, a partir de la colocación de la diferencia que es y hace ser, entre lo enunciable y lo visible. No se opone la diferencia a la identidad; no se contrapone la repetición a la representación: se distingue la diferencia de la identidad y la repetición de la representación poniendo en evidencia la existencia de una cierta *alianza* entre la diferencia y la repetición que permite a cada una de ellas sustraerse con respecto de su estado de subordinación. Más aún, son las mismas limitaciones producidas en el dominio que la identidad y la representación logran ejercer sobre la diferencia y la repetición las que conducen a este descubrimiento: la representación remite la repetición a la identidad pero la repetición de lo idéntico es imposible<sup>4</sup>; la identidad refiere la diferencia a la representación pero la representación de la diferencia resulta completamente incapaz de dar a pensar algo más que una diferencia sin concepto<sup>5</sup>. La representación no puede dar cuenta de la totalidad del pensar porque no puede pensar algo tal como una diferencia en su concepto; la identidad difícilmente puede identificarse con la totalidad del ser porque resulta incapaz de expresar el ser de la repetición.

En todo este proceso, la denuncia que oficia como motor presupuesto por el proyecto ontológico deleuziano es simple: se confunde el ser con lo visto; se asimila lo visto a una identidad, se subordina la visión de lo idéntico a la representación; se hace del pensar una actividad del representar. Las consecuencias derivadas del compromiso con esta denuncia también lo son: lo visto no puede ser considerado como la presentación de lo que es; lo que es reside en la diferencia entre lo visto y lo dicho; el ser no es identidad sino diferencia; *la razón de la duración del ser es la repetición de la diferencia*; el pensamiento piensa no en tanto representa sino en tanto resulta capaz de *distinguir* una repetición.

Sea como fuere, resulta por completo imposible pasar de la denuncia de la identidad a la elaboración de la ontología de la repetición sin tomar distancia primero respecto de esa representación que asegura la asimilación de lo que es a lo visible, de lo visible a la identidad y, subsecuentemente, del ser a lo idéntico, esto es, sin determinar el conjunto de operaciones en función de las cuales la misma diferencia viene a resultar sometida a la representación: *la identidad en el concepto* que, al reducir la diferencia pensable a la diferencia específica, torna imposible el pensamiento de una diferencia ontológicamente soberana; *la analogía en el juicio* que, asimilando la diferencia a la diferencia genérica, abroga cualquier posibilidad de asignar a la diferencia un rol ontológicamente individuante; *la oposición en los predicados* que, haciendo de la diferencia una diferencia meramente formal, cancela de antemano cualquier oportunidad de entender la diferencia en términos de distanciamiento ontoló-

4) DELEUZE, Gilles, *op. cit.*, p. 28.

5) DELEUZE, Gilles, *op. cit.*, p. 58.

gicamente afirmativo; y las *semejanzas en la percepción* que, confundiendo la diferencia con la diferencia individual, tienden a reducir el pensamiento de lo ontológico en la diferencia al mero reconocimiento de las particularidades de lo empírico<sup>6</sup>.

Pero la crítica de las cuatro operaciones orientadas a subordinar el pensamiento de la diferencia a un pensar entendido en términos de representación no sólo permite a Deleuze quebrar la asimilación de lo que es a la identidad, sino también remitir la esencia del propio pensar a un elemento en todo diferente al de la representación: la repetición. Correlativamente, atender al doble desplazamiento que G. Deleuze tiende a suscitar en el tratamiento de la cuestión lógico-ontológica no sólo permite aislar el eje que parece articular su renovada comprensión de la problemática científica sino también explicitar aquella clave de lectura que permite precisar la importancia de las modificaciones que tiende a inducir al interior de la misma filosofía de la ciencia. Es que un pensamiento de lo científico que intente desarrollarse a partir de este conjunto de condiciones no puede más que verse doblemente restringido: por una parte, a concebir la realidad de eso que puede ser conocido por la ciencia bajo la forma de un cambio radical, un puro devenir, en definitiva, un campo de estudios que se sustrae por principio a la acción de la identidad; por otra, a determinar el propio pensamiento científico como un pensamiento ni representativo ni representacional.

Pero aquello que resulta aún más importante es que la realización de esta crítica de las cuatro operaciones que organizan la sumisión de la diferencia a un pensar entendido en términos de representación abre a G. Deleuze la posibilidad, no sólo quebrar la asimilación de lo que es a la identidad, sino también de remitir la esencia del propio pensar a un elemento en todo diferente al de la representación: la diferenciación de la repetición. Tal es, en efecto, el desplazamiento lógico-ontológico que, a la vez que permite articular la innovadora aproximación deleuziana a la cuestión científica, resulta capaz de explicitar aquella clave de lectura en función de la cual resulta posible precisar la importancia de las modificaciones que la atención a sus aportes puede introducir al interior de la misma filosofía de la ciencia: la actividad de la ciencia refiere al ser pero el ser no es identidad representable sino *repetición de la diferencia*; la ciencia, por su parte, es *pensamiento*, creación de pensamiento, pero el pensamiento no es representación sino *problematización, instanciación de una distinción en la repetición de la diferencia que es el ser*.

Entendida en este sentido, la ciencia es lenguaje pero no sólo lenguaje. En efecto, la ciencia desborda el lenguaje de dos maneras. En primer lugar, hacia una visión que le resulta en todo heterogénea y hacia la cual se dirige en pos de liberarse de su sumisión al lenguaje. En segundo término, hacia

---

6) DELEUZE, Gilles, *op. cit.*, pp. 64-71.

un pensamiento que resulta capaz de dar cuenta del paso entre esos dos heterogéneos: la palabra y la cosa, la enunciación y la luz, el discurso y la experiencia. De esta manera, hacer ciencia es primero pensar no porque lo científico comience por el pensamiento sino porque sólo en el pensar puede la ciencia ser concebida como la razón sintética de esas dos prácticas heterogéneas que la constituyen en tanto actividad que se ejerce en el saber: se habla, se excede el hablar en la mirada, se determina en el pensamiento una razón para la convergencia en esa divergencia. Dicho de otra forma: la ciencia no sólo habla, no sólo mira: *la ciencia piensa*, piensa en la heterogeneidad de aquello que puede enunciar y de aquello que puede ver, a medio camino entre lo que dice y aquello que se logra observar, distinguiéndose de la filosofía justamente por el modo o la manera en que lo hace.

El desplazamiento suscitado por la filosofía de la ciencia deleuziana en torno a este punto no es menor en tanto la cuestión epistemológicamente primera no reside ya en saber aquello que la ciencia conoce, tampoco en precisar las condiciones o modalidades que vienen a hacer posible dicho conocimiento, sino en preguntar cómo la ciencia piensa y, por sobre todo, en preguntarse cómo puede la ciencia pensar en tanto se encuentra dispuesta frente a un ser que es repetición de la diferencia, a una realidad que es pura variabilidad, a una ontología cuya categoría primera es el “caos”. Hacer del pensamiento de la ciencia un movimiento de identificación del ser, hacer de la ciencia un pensamiento que procede por identidad, supone no sólo emplazar lo científico por fuera de ese ser que se piensa sino también disponerla por fuera -y en contra, de los efectos de ese ser que aspira a conocer. De esta manera, a fin de que la ciencia en tanto pensamiento pueda ser considerada como un pensamiento que es, el pensamiento de la ciencia debe ser más que un mero conjunto de creencias, de hipótesis, de leyes, en definitiva, más que una serie de imágenes o ideas idénticas; debe ser él mismo *un movimiento de mutación, una variabilidad infinita*. Correlativamente, a fin de que el pensamiento de la ciencia que es pueda disponerse ante el ser en una relación que no suponga ya de antemano la contraposición, no basta con asimilar el pensar de la ciencia a un movimiento de atribución, de identificación, de reconocimiento. En efecto, resulta necesario no sólo remitir el pensamiento al elemento de variabilidad que es el ser, hacer del movimiento, de la diferencia, de la mutabilidad, del cambio el propio ser del pensamiento científico, sino también hacer del producto del pensamiento científico algo -en sí mismo- variable. Que el ser sea repetición de la diferencia, diferencia que se repite, que no cesa de desplazarse respecto de sí misma quiere decir que el ser en función del cual debe ser entendida tanto la naturaleza, la sociedad, el mundo, el universo estudiados por la ciencia, así como también la operación de cognición que es el pensamiento científico, no puede ser concebido bajo otra modalidad que la del *cambio radical*, como un estado de constante y

continua modificación, como una pura diferencia y, por tanto, como un caos o, lo que es lo mismo, como una variabilidad absoluta: *velocidad infinita de transformación*<sup>7</sup>, *evanescencia instantánea de las formas*<sup>8</sup>, *pantalla blanca que contiene la totalidad de las partículas posibles*<sup>9</sup>: todo el movimiento, el cambio, la variabilidad, la diferencia están ya dados en el caos<sup>10</sup>.

## 2. Función y crítica de la representación

Aún así, limitarse a concebir la ciencia en tanto que pensamiento variable de la variabilidad que es el ser, esto es, como diferencia que se ejerce sobre la repetición de la diferencia, suscita dos problemas. Por una parte, aquel que reside en conformarse con pensar un concepto de ciencia considerablemente menor de eso que puede ser percibido y enunciado como científico: la ciencia no sólo es práctica discursiva, no sólo es práctica de observación, no sólo es pensamiento; es también conocimiento. Por otra, ese que supone dejar en manos de la representación no sólo la determinación de lo que puede entenderse por conocimiento sino, lo que es peor aún, la caracterización de una parte no menor de esa distancia que es el encuentro entre el ser y el pensamiento. Entendida a partir de estas dos cuestiones, la transposición de la ontología deleuziana al ámbito del pensamiento del concepto de lo científico no pareciera poder realizarse sin articular primero una cierta corrección orientada a dar cuenta de la singularidad del fenómeno de la cognición científica, esto es, a pensar filosóficamente no sólo el pensamiento científico sino también la ciencia en tanto que conoce. En efecto, un programa ontológico que establece como punto de partida la concepción del pensar científico en términos ni representacionales ni representativos difícilmente podría realizarse sin recorrer uno de estos dos caminos: o la ciencia no conoce o el conocimiento que el pensamiento de la ciencia viene a hacer posible nada debe a la representación.

Posicionada frente a esta alternativa, la deriva de la filosofía de la ciencia deleuziana termina inclinándose por el segundo camino y viene a hacer de la noción de “función” el elemento clave que permite al conocer científico tomar distancia respecto de la representación<sup>11</sup> y -aún cuando G. Deleuze sostenga explícitamente que la función no es ni exclusiva, ni preferencialmente matemática-<sup>12</sup> dotar a la ciencia de una instancia, formal aunque no lógica y menos

---

7) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *¿Qué es la filosofía?*, trad. Thomas Kauf, Barcelona, Editorial Anagrama, 2005, p. 118.

8) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 121.

9) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 119.

10) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 208.

11) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 216.

12) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 117.

aún proposicional, capaz de dar cuenta de la cuestión de la individuación de los procesos<sup>13</sup>. Al respecto, dar cuenta de este desplazamiento suscitado en la concepción de la cognición científica supone atender conjuntamente a tres cuestiones: primero, la determinación de la naturaleza del acto mismo de la cognición (*la función es la determinación de la idea científica*<sup>14</sup>, *la determinación de la relación entre variables independientes*)<sup>15</sup>; segundo, la explicitación de su emplazamiento en el ser (*la función es una relación, es un ser de relación*)<sup>16</sup>; tercero, la especificación de la naturaleza de los elementos que pueblan dicho emplazamiento (*la función se define por la independencia de las variables que pone en relación*)<sup>17</sup>. En pocas palabras, se incurre en una precipitación cuanto se considera a la función como un acto cognitivo derivable de la representación: en la función el movimiento del pensamiento remite antes a un acto de disposición que de presentación, su emplazamiento no se localiza sobre lo que es sino *en* el ser y los términos que vincula resultan caracterizados antes como variables que como identidades. La función no es un acto de la cognición representacional, sino la marca característica de un conocimiento científico que resulta capaz de determinarse a sí mismo a distancia de la representación<sup>18</sup>. Entendida de esta manera, la función viene a desempeñar en el ámbito de lo científico la labor que la intensidad lleva a cabo en el pensamiento ontológico: ser la forma -en este caso científica- de una diferencia. En forma análoga a aquello que ocurre en el caso de la intensidad, que viene a hacer de la tensión la forma ontológica de la diferencia o, lo que es lo mismo, *la razón de lo sensible*<sup>19</sup>, también la ligadura, la dependencia entre variables y, en definitiva, la función pueden ser consideradas como la forma de una diferencia ya no intensa sino extensa, ya no filosófica sino científica. En este sentido, la función no coincide con la representación de la relación entre las variables, tampoco con la sumatoria de las relaciones que pueden establecerse entre de dos o más valores variables, sino con la dinámica y la razón formal de la dinámica que se efectúa, que se actualiza, a medio camino del despliegue suscitado por el encuentro de dos cambios. *La cognición por funciones no se emplaza sobre el ser sino en el ser*. Y todo el problema reside en saber dónde, dónde puede un tal acto de cognición emplazarse cuando el ser se encuentra completamente saturado de diferencias que se repiten, lleno de cambios, repleto de variabilidad.

13) DE LANDA, Manuel, *Intensive Science and Virtual Philosophy*, London, Continuum, 2002, p. 71.

14) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *¿Qué es la filosofía?*, trad. Thomas Kauf, Barcelona, Editorial Anagrama, 2005, p. 117.

15) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 203.

16) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 123.

17) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, pp. 26 y 126.

18) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 216.

19) DELEUZE, Gilles, *Diferencia y repetición*, trad. María Silvia Delpy y Hugo Beccacece, Buenos Aires, Amorrortu, 2006, p. 334.

Si el ser es diferencia pura, diferencia de diferencia, devenir, azar, caos, velocidad infinita, evanescencia de las formas, posibilidad de todas las partículas: ¿dónde introducir entonces una función? ¿Dónde encontrar un vacío que abra la posibilidad de emplazar algo tal como una cognición funcional? La respuesta es simple: el lugar donde se emplaza la función es justamente *una diferencia*. Que el ser sea diferencia de diferencia quiere decir que el estado de saturación diferencial que permite caracterizar la esencia de lo ontológico comporta en sí mismo una suerte de vaciamiento o vacío radical: el caos “es un vacío que no es una nada, sino un *virtual*”<sup>20</sup>. ¿Dónde encontrar en el caos un lugar que venga a hacer posible el emplazamiento de algo tal como una función? En medio de la relación según la cual una diferencia difiere respecto de sí, entre dos diferencias, a medio camino entre cualquier grupo de diferencias consideradas en conjunto. El lugar de la función es el vacío de la repetición que relaciona a las diferencias consigo mismas, unas con otras y que permite conocerlas en su relativa disposición. Pero entonces ¿por qué no insertar funciones en cualquier parte? Porque actuar de tal manera implicaría suponer que resulta posible alcanzar una cognición del propio caos; que basta con el caos para conocer; que, considerado en sí mismo, el caos puede servirnos de guía para el ejercicio de la cognición; que en cualquier relación de diferencias vale la pena tomarse el esfuerzo de pensar una función; en definitiva, que el enunciado “todo cambia, nada permanece” puede tener algún valor en materia cognitiva. Emerge así la principal razón en virtud de la cual la función ha podido permanecer, durante tanto tiempo, a la sombra de lo representativo: considerada en sí misma y en tanto que materia del producto de la ciencia, la función resulta completamente incapaz de precisar las condiciones de su emplazamiento o, lo que es lo mismo, resulta totalmente inútil a la hora de jerarquizar ciertos conocimientos en relación a otros, de precisar su interés, de establecer su importancia. Dicho de otra manera, no basta con establecer funciones para conocer científicamente; resulta necesario además *pensar* el emplazamiento de la función. Entonces, la ciencia no es conocimiento funcional sin ser además pensamiento de las condiciones de dicho funcionamiento.

De forma similar a lo que ocurre en filosofía, también en ciencia la sumisión al modelo representacional viene a ofrecernos una imagen pueril de los peligros que afronta el conocimiento: se supone que lo peor que puede ocurrirle al pensamiento es confundir lo verdadero con lo falso, equivocarse en la referencia, precipitarse en el error. Se piensa que el error expresa la verdad de la naturaleza negativa del pensamiento<sup>21</sup>. Pero en tanto el pensar se libera de

---

20) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *¿Qué es la filosofía?*, trad. Thomas Kauf, Barcelona, Editorial Anagrama, 2005, p. 117.

21) DELEUZE, Gilles, *Diferencia y repetición*, trad. María Silvia Delpy y Hugo Beccacece, Buenos Aires, Amorrortu, 2006, pp. 227-230.

la representación, la ciencia muestra el verdadero rostro de su bajeza: la estupidez, la banalidad, la medianía<sup>22</sup>. Mera provisión de datos que no importan a nadie, de informaciones que no sirven de nada. En este sentido, la ciencia sólo puede llevar a buen puerto el acto de cognición que aspira a desarrollar si afronta además y por sí sola la tarea de pensar el conjunto de las ideas capaces de establecer el sentido y la importancia de las funciones que traza: la ciencia no necesita a la filosofía para llevar a cabo su labor<sup>23</sup>; pero en tanto su tarea se reduce al mero ejercicio del acto de cognición, el producto de su trabajo no puede más que reforzar la existencia de opiniones y vivencias. A fin de lograr conocer por funciones, a fin de que su conocimiento funcional resulte significativo, importante, valioso, interesante, la ciencia debe incesantemente pensar las condiciones de su cognición, desarrollar las ideas que tienden a tornar significativo el emplazamiento de un cierto conjunto de funciones en medio del ser. Atender a esta cuestión y a la necesidad de distinguir entre sí las modalidades que caracterizan la cognición y el pensamiento científicos que se sigue de ella, es aquello que permite comenzar a dar cuenta de la noción deleuziana de “functor”<sup>24</sup>. La función es una relación; el functor, una idea o, mejor aún, la determinación de la idea científica<sup>25</sup>. La función es aquello que la ciencia es en la relación de su producto con el resto del ser: considerada a partir de este vínculo, la ciencia no es ni representación, ni creencia, ni hipótesis, ni ley, sino función. Por su parte, *el functor es la ciencia considerada en el ser de la idealidad de su producto*: la ciencia es creación de ideas antes que de teorías, modelos o significaciones. En último término, la función es el rasgo característico de la cognición científica; el functor, su rasgo noético, la serie de ideas que la ciencia se encuentra obligada a pensar a fin de no resultar arrastrada por la estupidez que anida en una cognición cuya única guía pareciera residir en el mero gusto de emplazar funciones en el ser.

22) “[L]a estupidez no es simplemente decir algo falso, sino que es mucho peor, es dar una interpretación mediocre de algo verdadero” (DELEUZE, G.: *En medio de Spinoza*, trad. Equipo Editorial Cactus, 2ª ed., Buenos Aires, Cactus, 2008, p. 273).

23) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *¿Qué es la filosofía?*, trad. Thomas Kauf, Barcelona, Editorial Anagrama, 2005, p. 117.

24) La elección del término “functor” realizada por G. Deleuze y F. Guattari con vistas para dar cuenta del nombre de la idea científica es, cuanto menos, polémica, tiene por objeto la contestación de un punto clave del programa logicista (la posibilidad de reducir las matemáticas a la lógica) y viene a recordar que el debate en torno a la cuestión de los fundamentos de las matemáticas ni se limita a la cuestión de la teoría de conjuntos, ni finaliza con la puesta en crisis de dicha teoría. En efecto, el debate en torno a los fundamentos de las matemáticas suscitado a lo largo del siglo XX supone la formulación de, al menos, cuatro propuestas: la teoría de conjuntos, la teoría de las estructuras, la teoría de categorías y la teoría del cálculo. Sobre esta polémica, cfr. ODIFREDDI, Piergiorgio: *La matemática del siglo XX. De los conjuntos a la complejidad*, trad. Cecilia Ediarde, Buenos Aires, Katz, 2006, pp. 30-48. La noción deleuziano-guattariana de “functor” encuentra su fuente en la tercera de las teorías antes mencionadas.

25) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *¿Qué es la filosofía?*, trad. Thomas Kauf, Barcelona, Editorial Anagrama, 2005, p. 117.

### 3. Los siete funtores deleuzianos

Entendido a partir de esta necesidad, el despliegue de la tipificación deleuziana de los funtores científicos puede ser considerado como una suerte de repaso de los principales riesgos que amenazan a un acto científico de cognición que se apresta a medirse directamente con un ser ontológicamente determinado como caos. Dicho con mayor claridad: siete son los funtores aislados por G. Deleuze (*i.e.*, *límite*, *variable*, *sistema de coordenadas*, *potencial*, *estado de cosas*, *cosa* y *cuerpo*) y cada uno de ellos lleva la marca de un esfuerzo denodado orientado a superar la estupidez que anida en el intento de conocer algo en el caos. El primer functor científico es el *límite* y la cuestión que tiende a tornarlo significativo, la *imbricación*<sup>26</sup>. En tanto es mutación radical, cambio constante, pura diferencia, variabilidad absoluta, el caos como tal no puede ser conocido. La razón de dicha imposibilidad no reside en una ocultación, un secreto o una cerrazón sino, por el contrario, en su apertura y su donación: *al interior del caos todo se da a la vez*<sup>27</sup>, el caos contiene simultáneamente todas las partículas posibles; lo que se da se da a tal velocidad que pasa sin dejar rastros, la configuración de las formas coincide con su deformación<sup>28</sup>. No hay nada que conocer sobre el caos porque la velocidad y la radicalidad de su potencia de cambio no dejan nada a percibir. No hay percepción por la sencilla razón de que no hay contraste: entendido en tanto diferencia absoluta, en tanto LA diferencia, el caos asciende como un fondo indiferenciado en el que todo se distingue sin que nada se distinga de él<sup>29</sup>. Vista desde esta perspectiva, la condición última de la cognición científica parece residir no en agregar algo al caos, sino en la posibilidad de *sustraer*, de *extraer*, de *desatender* algo del caos. En otras palabras, en tanto en el caos todo resulta dado a la vez no hay, no puede haber cognición en el caos sin pensamiento de un límite capaz de relacionarse con él. Al respecto, los problemas son varios: primero, el límite debe articularse con el caos, debe afectarlo de alguna manera. Segundo, el límite no puede agregarse al caos porque *en el caos está todo*. Tercero, el límite no puede concebirse como limitando al caos no sólo porque el caos es lo abierto sino, ante todo, porque la cognición derivada de este acto de limitación no supondría otra cosa más que el radical falseamiento del ser en el caos. Consideradas en su conjunto, estas tres cuestiones pueden ser resumidas en torno de la siguiente pregunta: ¿cuál es el lugar preciso donde un límite puede imbricarse en el caos? Dar respuesta a esta cuestión supone desentrañar la primera gran estupidez

26) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 120.

27) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 208.

28) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 117.

29) DELEUZE, Gilles, *Diferencia y repetición*, trad. María Silvia Delpy y Hugo Beccacece, Buenos Aires, Amorrortu, 2006, p. 61.

que conspira contra el desarrollo de una concepción de la cognición científica dispuesta a la altura de una ontología de la diferencia: la concepción del cambio en términos de *monotonía*. Se cree que la infinitud de cambio supone un cambio sin fin; se piensa al cambio radical como un cambio que no cambia, que puede no acabar; se asimila la condición de la cognición del cambio al acto de su detención; se olvida que si un cambio cambia es porque puede terminar, porque tiene final. Pero en tanto el cambio se libera de su imagen monótona, la operación del límite comienza a asumir otra naturaleza: el límite no se aplica ya al cambio que es el caos, sino *en* el cambio mismo; no se agrega al caos desde fuera sino que emerge en ese lugar preciso donde un cambio deja de ser lo que era; no detiene el cambio del caos sino que permite circunscribir una cierta variabilidad desatendiendo al resto. Dicho de otra manera, el límite es un *punto de incidencia* sobre el caos, no una totalización o una frontera; es un efecto del propio caos, no un agregado; se emplaza *en* el caos y no *sobre* él. El límite es la respuesta a la pregunta por el *dónde* de la cognición científica: se conoce, no limitando el cambio, sino en el límite del cambiar. Sólo en este sentido el límite opera una *desaceleración* en el caos<sup>30</sup>: viniendo a hacer posible la desatención de la totalidad de las velocidades susceptibles de interferir con la consideración de una cierta variabilidad<sup>31</sup> y, por ello mismo, al determinar la existencia de algo tal como una cierta *constancia* de esa variabilidad.

El segundo functor científico es la *variable* y su cuestión, la *independencia*<sup>32</sup>. El problema de la independencia es preciso: ¿en virtud de qué razón resulta posible considerar como distinto un cierto cambio cuando ese mismo cambio no puede ser concebido sino como existiendo en un caos, esto es, en un medio donde todo se encuentra en estado de cambio? La respuesta es sencilla: atendiendo a esa singular manera de cambiar que, en tanto permite caracterizar el cambio como *un* cierto cambio, permite también distinguirlo respecto de todos aquellos cambios que se modifican de otra manera. Afrontar esta segunda cuestión es permite iniciar la crítica de una segunda estupidez tópica del pensamiento de la variabilidad absoluta, aquella que induce a concebir la esencia del cambio en términos de *indiferencia* y, bajo esa condición, al cambio como aquello que resulta en sí mismo incapaz de distinguirse, que sólo puede distinguirse de otros cambios en tanto primero apela a una cierta identidad, que no porta en sí mismo la razón de su propia distinción y necesita de una instancia exterior capaz de llevar a cabo aquella tarea que, por sí sólo, resulta por completo incapaz de realizar. Entendido de esta manera, el *aislamiento* de la variabilidad en la variable -, por ello mismo,

30) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *¿Qué es la filosofía?*, trad. Thomas Kauf, Barcelona, Editorial Anagrama, 2005, p. 118.

31) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 203.

32) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 173.

la consideración de la variable en tanto que idea de la ciencia dispuesta a la altura de una ontología de la diferencia- ya no se limita a expresar el mero cambio de un valor por otro, tampoco un estado meramente abstracto de indeterminación de los valores en la variable, sino que exige una diferencia de potencial, esto es, una diferencia *en* la manera o el modo de cambiar que oficia en tanto que razón última del hecho de que, aún desgajadas de las velocidades infinitas del caos, las variables no posean más determinación que la de desvanecerse o nacer<sup>33</sup>. Bajo esta condición, la variable puede entonces ser considerada como la respuesta a la pregunta por el *cuándo* de la cognición científica: se conoce cuando -atendiendo a la diferencia de potencia existente entre dos cambios relacionados, cada uno de ellos logra ser determinado como un cambio independiente del otro. Aún así, la distinción de las variables en función de su independencia no se realiza sin habilitar -en la generalidad de cada una ellas- el despliegue de dos nuevas operaciones que permiten distinguir, ya no un cambio respecto de otros en virtud de su modo o manera, sino a un cierto cambio en las dos dimensiones de su actualización: a un lado, la *linearización*<sup>34</sup> que habilita la consideración de la variable en términos de abscisa, de serie de grados o desarrollo gradual de velocidades condicionadas y expresar la variabilidad en tanto variabilidad de una cantidad (cambio de cantidad) que es susceptible de más y de menos; a otro, la operación de *ordenación*<sup>35</sup> que viene a hacer de la variable una ordenada, una pluralidad de configuraciones o sucesión de formas actualizadas y permite dar cuenta de la variabilidad de una disposición (cambio de forma) que resulta pasible de constitución y de disolución.

El tratamiento de la noción de *sistema* -tercer functor de la ciencia- remite a la cuestión de la *coordinación*<sup>36</sup> o, lo que es lo mismo, a la pregunta por el *cómo* del conocimiento científico, esto es, por la condición que puede hacer posible la convergencia de dos o más variables cuya independencia reside justamente en el hecho de que, dado que difieren en su manera de variar, parecieran no poder converger de ninguna manera: se conoce en el encuentro, en el cruce de una serie de variables pero los efectos de ese encuentro sólo puede presentarse de manera ordenada en tanto primero resulta posible algo tal como una comparación de esas mismas variables. Entendida en función de esta cuestión, la misma existencia de algo tal como un sistema científico viene a presentarse como dependiendo del ejercicio de una cierta operación de *despotenciación*<sup>37</sup>, esto es, del ejercicio de una segunda desatención que se desentiende, no ya -como ocurría en el caso de la instauración del

---

33) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 122.

34) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 28.

35) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 121.

36) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 121.

37) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 122.

functor límite- de la existencia de otras modalidades de cambio, sino de la diferencia en la potencia de cambio existente entre las variables consideradas. Sólo en virtud de esta despotenciación puede el sistema avanzar hacia la comparación abstracta de sus valores. Así, el sistema no se constituye en tanto que noción científica sin habilitar una nueva perspectiva en materia de pensamiento de la variabilidad: ya no la constancia, tampoco el aislamiento sino un cierto *emparejamiento* de la variabilidad<sup>38</sup> que supone la denuncia de una nueva estupidez en materia de concepción de la variabilidad absoluta: se olvida rápidamente que la condición de la convergencia de los valores de las variables independientes supone una operación de despotenciación; se remiten los sistemas científicos a una operación de *totalización* del caos que les resulta por completo extraña; se confunde la cuestión de la coordinación con interés por elaborar una cierta comparación de los valores donde las variables converjan para ya nunca más divergir; se desatiende el hecho de que, en tanto depende del ejercicio de una correspondencia entre valores que hace abstracción de su diferencia de valor, el sistema es necesariamente finito<sup>39</sup>, que no puede nunca superponerse completamente sobre el caos, que aún el sistema más cerrado está conectado con –y abierto hacia- lo virtual<sup>40</sup>, que el sistema no busca totalizar el caos sino tamizarlo<sup>41</sup>, esto es, constituir una red de puntos posibles que permitan remitir, unos a otros, las serie de los efectos que se siguen del encuentro entre unas variables que sólo convergen para divergir<sup>42</sup>.

El cuarto functor es el *potencia*<sup>43</sup>, que supone la cuestión de la *materialización*<sup>44</sup>. El sistema permite coordinar dos o más líneas de cambio en sí mismas divergentes. De cualquiera manera, en tanto el sistema sólo establece la región -y las coordenadas de la región- en función de las cuales dicha convergencia viene a resultar posible, la efectiva actualización de algo tal como

38) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 121.

39) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 203.

40) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 122.

41) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 207.

42) “Hoy se ha convertido en un lugar común el derrumbamiento de los sistemas, la imposibilidad de construir un sistema a causa de la diversidad de los saberes (“ya no estamos en el XIX”). Esta idea tiene dos inconvenientes: ya no se concibe ningún trabajo serio que se lleve a cabo acerca de pequeñas series muy localizadas y determinadas; y, lo que es peor, se confía, para todo lo que pretende mayor amplitud, en una serie de anti-trabajo de visionarios en cuyo seno todo el mundo puede decir cualquier cosa. (...) Asistimos hoy día, (...) al comienzo de una teoría de los sistemas llamados abiertos, fundados en interacciones, que rechazan únicamente la causalidad lineal y que transforman la noción de tiempo” (DELEUZE, Gilles, “Entrevista sobre *Mil Mesetas*” in DELEUZE, Gilles, *Conversaciones. 1972-1990*, trad. José Luis Pardo, Valencia, Pre-Textos, 1996, p. 53). Y también: “Se habla del fracaso de los sistemas en la actualidad, cuando sólo es el concepto de sistema lo que ha cambiado” (DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *¿Qué es la filosofía?*, trad. Thomas Kauf, Barcelona, Editorial Anagrama, 2005, pp. 14-15).

43) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 122.

44) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 124.

una materia en los puntos del sistema no puede depender del propio sistema. Las coordenadas del sistema no son más que posibilidades, meros puntos de coordinación en sí mismos vacíos, aún cuando lo estén en un sentido diferente a aquel en que se encuentra vacío el caos: no como lo está la virtualidad del caos sino como sólo puede encontrarse en lo posible. En este sentido, la razón que permite al sistema coordinar la serie de los efectos derivados del encuentro de las variables es la misma que tiende a constituirlo como incapaz de privilegiar unos puntos de coordinación por sobre otros, esto es, de precisar cuáles de entre los posibles puntos de convergencia implican una convergencia efectiva de las variables y, bajo esa misma condición, la actualización de algo tal como una materia *en el sistema*. Correlativamente, entendida en tanto que aquello que se actualiza en las coordenadas del sistema, *la materia no es el ser —el ser es la variabilidad absoluta del caos, la repetición de la diferencia— sino la luz*, lo visible, el conjunto de los efectos derivados del encuentro de las variables que vienen a aparecer como coordinados, unos con otros, en el horizonte relativo delimitado por el sistema<sup>45</sup>. Dicho con mayor precisión, en lo que respecta a la efectuación de la materia, el sistema de coordenadas no hace más que recibir aquello que el potencial se encarga de *actualizar* de forma instantánea, en los estados de cosas, sucesivamente en las cosas y en los cuerpos en cascada<sup>46</sup>. Así, el potencial viene a constituir la respuesta a la pregunta por el *porqué* del conocimiento científico: se conoce porque una potencia de cambio distribuye sus efectos como actualizándose en un cierto sistema de coordenadas. En cualquier caso, la concepción del potencial como razón de la cognición científica no cesa de suscitar nuevas cuestiones. Primera: el límite se constituye en aquel punto donde una variabilidad deja de ser lo que era; la variable, en aquella región en que su variabilidad se distingue de otras maneras de variar; el sistema, en la despotenciación de las variables sometidas a comparación. ¿Cómo dar cuenta entonces de la constitución del cuarto functor? El potencial es justamente aquel resto derivado de la despotenciación de las variables operada por el sistema que ahora revierte sobre el mismo bajo la forma de una desigualdad, de una discontinuidad de ausencias y presencias, de luces y de sombras, de posibilidades y existencias. Segunda cuestión: ¿qué entender entonces por “potencial”? Ante todo, no una posibilidad. La posibilidad es el modo de existencia de las coordenadas, no el de las partículas actualizadas en el sistema. Tampoco una probabilidad. La probabilidad es el estado de existencia de las partículas en tanto estas vienen a ser concebidas como pudiendo o no resultar actualizadas en unas ciertas coordenadas del sistema. De esta manera, la comprensión del sentido de la noción de potencial demanda la institución de una nueva perspectiva de aproximación a la variabilidad: el potencial es,

45) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 47.

46) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 123.

no una cantidad sino, la diferencia de cantidad emergente de la correlación de dos o más variables operada por el sistema; el potencial es un *rango* de variabilidad, el cambio entendido como razón de los efectos suscitados en la relación que se establece *entre* dos o más variables, la determinación del conjunto de los efectos de actualización que pueden seguirse de su puesta en relación, una noción científica cuya formulación permite poner en cuestión una cuarta estupidez que obstaculiza el pensamiento del cambio absoluto: la comprensión de la relación del cambio con el cambio -esto es, de la diferencia entre cambios- en términos de *anulación* o de equilibrio: se cree que el cambio sólo se vincula con el cambio a fin de anularlo o equilibrarlo; se supone que la forma primaria de la relación entre cambios es la compensación o el intercambio; se olvida que, en tanto las variables consideradas son independientes, estas sólo convergen para divergir; se reduce la consideración de los efectos suscitados en su encuentro a un cierto modelo de equilibrio que no expresa otra cosa sino la ilusión óptica que deriva de proyectar en el tiempo una convergencia de valores de variables que es siempre instantánea.

El quinto functor, el *estado (de cosas)*, plantea la cuestión de la *partición* de la materia. Cuando la coordinación procede a despotenciar las variables a fin de emparejarlas, el potencial liberado en esa operación revierte sobre el sistema y se actualiza de manera desigual e instantánea a través de sus coordenadas<sup>47</sup>. En este sentido, la serie de las actualizaciones que remiten a un mismo sistema de coordenadas puede ser entendida como el resultado de la ejecución de una única operación de *derivación* que se aplica a un cierto potencial. Correlativamente, el potencial no actualiza el estado de cosas sin partirse -y repartirse- en aquello que actualiza y el mismo estado de cosas no es más que la distribución instantánea derivada de la repartición del rango de variabilidad que es el potencial *en* el sistema de coordenadas. Concebido de esta manera, el estado de cosas viene entonces a constituir una quinta perspectiva científica de aproximación a la variabilidad caótica (*i.e.*, la *distribución* de la variabilidad), una perspectiva que permite dar respuesta a la pregunta por el *qué* de la cognición científica: aquello que la ciencia conoce es la partición y la repartición coordinada de los efectos derivados de un cambio. Por lo demás, entender por qué razón la asimilación del estado de cosas a la actualización instantánea del potencial no puede prolongarse en una reducción del potencial al estado de cosas permite poner en cuestión una quinta estupidez en materia de pensamiento científico de la variabilidad: el *agotamiento* en tanto concepción del cambio como cambio que agota toda capacidad de cambiar. El encuentro de cambios no se agota en sus efectos; son los efectos derivados de ese encuentro los que, a cada momento, se determinan unos en relación a otros según una cierta distribución. Si el potencial

47) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *¿Qué es la filosofía?*, trad. Thomas Kauf, Barcelona, Editorial Anagrama, 2005, p. 122.

en tanto diferencia intensiva, en tanto tensión de dos cambios, se agotase en la actualización instantánea del estado de cosas que efectúa, la unidad de la serie de actualizaciones diversas que constituyen un mismo estado de cosas dependería exclusivamente del sistema de coordenadas y, por ende, de una instancia del pensar científico que, en cuanto procede principalmente por despotenciación- resulta por completo incapaz de concebir la sucesión de una serie de actualizaciones instantáneas como derivadas de un mismo cambio. El estado de cosas se actualiza a cada momento como una cierta distribución de partes o partículas pero el potencial es la reserva intensiva que permite dar cuenta de la continuidad en la redistribución de las partes que se parten. No, el potencial no se agota en el estado de cosas que actualiza; se reserva como un resto a medio camino de aquel estado que parte y reparte, como la instancia que viene a hacer posible el retorno de la partición y el advenimiento de una distribución diferente. Sea como fuere, la "reserva" del potencial -esa que permite asimilarlo al acontecimiento-<sup>48</sup> no reside fuera del estado de cosas: el potencial mora en su medio, como la diferencia de las cantidades desiguales que en él se actualizan.

El anteúltimo functor del pensamiento científico es la *cosa* y remite a la cuestión de la aglomeración, del *amontonamiento* y, más precisamente, al problema del condicionamiento recíproco de las partes distribuidas<sup>49</sup>. En tanto el potencial se actualiza en el estado de cosas como una distribución instantánea de partes que -en la distribución de la variabilidad- remiten las unas a las otras, el paso suscitado entre dos actualizaciones sucesivas de un mismo estado de cosas se encuentra necesariamente condicionado por la serie de relaciones que esas mismas partes establecen entre sí. Dicho en otras palabras, la distribución de partes en el estado de cosas no se realiza sin desigualdad, sin disparidad y, por ello mismo, sin favorecer un cierto agrupamiento o amontonamiento instantáneo de las mismas que condiciona cualquier futura redistribución. Se sigue de aquí la denuncia de una sexta estupidez tópica en materia de pensamiento de la variabilidad: la *espontaneidad* en tanto cambio que cambia sin condición, que cambia libremente. Y es ante esta supuesta espontaneidad del cambio que la cosa viene a presentarse justamente como un testimonio *a contrario*: una aglomeración o amontonamiento de partes<sup>50</sup> resultante de una cierta operación de *interacción* que al dar cuenta de la remisión de las partes unas a otras<sup>51</sup> permite aproximarse a la variabilidad caótica desde la perspectiva de la *condición*. Entendida en este sentido, la noción de "cosa" puede ser considerada como la respuesta

48) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *¿Qué es la filosofía?*, trad. Thomas Kauf, Barcelona, Editorial Anagrama, 2005, p. 158.

49) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 123.

50) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 154.

51) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 123.

científica a la pregunta por el *cuál* de su cognición: conocer científicamente no sólo es precisar una distribución de partes sino también el conjunto de las instancias de agrupamiento que -en las partes distribuidas- vienen no tanto a hacer posible como a condicionar la efectuación de una cierta potencia de redistribución, esto es, a poner en evidencia que el amontonamiento desigual de las partes resulta no sólo de la distribución de variabilidad operada por el potencial sino también del condicionamiento que esas mismas partes -en tanto que partes distribuidas- ponen a la redistribución del potencial.

El último tipo de functor científico es el *cuerpo*. Esta nueva noción científica permite aislar una segunda dimensión en la integración de las partes actualizadas<sup>52</sup>, aquella que viene a completar, en la *unificación*<sup>53</sup>, el tratamiento de la cuestión de la integración de la distribución de partes operada por el potencial en el estado de cosas que el functor *cosa* venía a hacer posible en términos de aglomeración o amontonamiento<sup>54</sup>. Entendido de esta manera, el cuerpo responde no ya a la pregunta por el *cuál* del conocimiento científico sino a la cuestión del *quién* o la razón interna: ¿quién es aquel que permite conocer no tanto los condicionamientos de la redistribución del potencial como el hecho de que el potencial redistribuido tiende a prolongar determinados amontonamientos de partes antes que otros? Así, el cuerpo remite a la cuestión de la *individuación*, esto es, a la cuestión de la emergencia de algo tal como una unidad interna<sup>55</sup> en el amontonamiento de partes o, lo que es lo mismo, al proceso de continua formación que es constitución de una forma y que coincide con la emergencia de una relación capaz de integrar un cierto conjunto de interacciones entre partes de manera tal que las partes sometidas a dichas interacciones terminan privilegiando la integración a la que se someten por sobre el conjunto de interacciones que pueden establecer con el resto de las partes no incluidas en la misma y, correlativamente, imponer a nuevas partes la integración a que se subordinan<sup>56</sup>, esto es, operar la *comunicación*<sup>57</sup> de una cierta forma que se extiende hacia otras regiones de la partición (*información*). Concebido en estos términos, el cuerpo viene a dar cuenta, no tanto de la existencia de aquello que condiciona la distribución del potencial asociado,

52) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 122.

53) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 154.

54) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 155.

55) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 122.

56) Una concepción tal del cuerpo viene a recuperar dos de los momentos centrales de la exploración deleuziana de la noción de cuerpo: por una parte, la caracterización del cuerpo en tanto que “unidad de dominación” (DELEUZE, Gilles, *Nietzsche y la filosofía*, trad. Carmen Artal, Barcelona, Editorial Anagrama, 2002, p. 61); por otra, la concepción del cuerpo en tanto que “individuo” o “relación característica” (DELEUZE, Gilles, *Spinoza y el problema de la expresión*, trad. Horst Vogel, Barcelona, Muchnik Editores, 1996, pp. 213-214 y DELEUZE, Gilles, *Spinoza: Filosofía práctica*, trad. Antonio Escohotado, Barcelona, Tusquets Editores, 2001, pp. 98-100).

57) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *¿Qué es la filosofía?*, trad. Thomas Kauf, Barcelona, Editorial Anagrama, 2005, p. 123.

como de un cierto “alguien” capaz de prolongarse a través de las sucesivas redistribuciones operadas en un cierto rango de variabilidad que puede ser entendido como la condición suficiente de la crítica de la séptima estupidez tópica en materia de pensamiento de la variabilidad: la *exterioridad* en tanto concepción del cambio en tanto que cambio que cambia sin razón interna. En efecto, resulta cuanto menos difícil entender en virtud de qué razón el condicionamiento negativo -o limitativo- que las cosas tiende a imponer a la redistribución de la variabilidad en el sistema podría, por sí solo, dar cuenta de la manera en que ciertos agrupamientos de partes y no otros logran prolongarse y extenderse positivamente a través de la sucesión de los instantes habida cuenta del hecho de que la mejor opción para la conservación de esos mismos agrupamientos reside, justamente, en condicionar la actualización del estado de cosas a un punto tal que su misma redistribución venga a resultar imposible. Dicho rápidamente, si ciertos agrupamientos de partes logran prolongarse a lo largo de la sucesión de actualizaciones del estado de cosas, la razón de su prolongación no puede residir meramente en los efectos de limitación y condicionamiento de la variabilidad que las interacciones habilitadas por sus partes tienden a ejercer sobre el resto de las partes del sistema sino que debe existir, en la variabilidad que mora a medio camino de las partes agrupadas, una razón positiva capaz de dar cuenta, en la nueva distribución, del retorno de la integración que caracteriza su agrupamiento. Dirigir la atención hacia esta cuestión, permite aislar una última perspectiva de la variabilidad: la *unificación*<sup>58</sup> en tanto ligadura o afección, no tanto de un cambio en relación a otros, como respecto de sí mismo o, lo que es lo mismo, en tanto que vivencia que una variabilidad experimenta respecto de sí misma.

El autor es Doctor en Ciencias Sociales y Profesor en Filosofía por la UBA; Profesor Adjunto en *Introducción al Pensamiento Científico*, Jefe de Trabajos Prácticos en *Epistemología y Métodos de la Investigación Social* (UBA) y Becario Posdoctoral de CONICET. Sus áreas de interés son la Filosofía francesa contemporánea y la Epistemología francesa. Sus últimas publicaciones tratan temas relacionados con el pensamiento de Deleuze y Nietzsche. E-mail: fernandomartingallego@yahoo.com.ar

Recibido: 31 de marzo de 2011

Aprobado para su publicación: 22 de junio de 2011

---

58) DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *op. cit.*, p. 154.